

LA MUJER VAMPIRO



Primera parte

Hace ochenta años, en la ciudad inglesa de Blackburn, una mujer fue acusada de vampiro.



La mujer se llamaba Sarah Ellen, estaba casada y tenía dos hijos. Era rubia como una muñeca rubia, tenía la piel muy blanca y en la cabeza, una cascadita de rulos.

Cierta vez, alguien creyó ver en su cuello una marca oscura y entonces dijo, en serio o en broma, que tal vez la había mordido Drácula, y así, unos por

otros, todos empezaron a considerar que se trataba de una mujer vampiro.

Tanto se dijeron estas cosas aquí y allá, que se enteraron del asunto las Mujeres Honradas de la Ciudad de Londres, y escandalizadas informaron a las máximas autoridades de la iglesia que a una mujer de Blackburn llamada Sarah Ellen la había mordido Drácula.

Enteradas de esto, las máximas autoridades de la iglesia presionaron al obispo.

El obispo presionó al pastor de Blackburn.

Y el pastor de Blackburn, acorralado, dijo que, a su parecer, la gente tenía razón, y que la mancha en el cuello de Sarah Ellen debía ser, en verdad, la marca de un beso de Drácula.

Ella rió maliciosa y su marido gritó a quien quisiera oírlo que nada de lo que decían era cierto, que todo era una ridícula patraña, que lo único cierto era que su mujer tenía la piel muy blanca, y que era hermosa, la más hermosa de Blackburn.

Pero nadie quiso oírlo.

Y a ninguno, ni al pastor ni a los vecinos ni al obispo, se le movió un pelo cuando las autoridades del pueblo y de la iglesia juzgaron a Sarah Ellen y la condenaron a muerte.

A morir con el corazón atravesado por una estaca.

El verdugo del condado hizo lo que le mandaron que hiciese, sin que lo inmutaran los gritos de los hijos ni el dolor del marido ni los ojos húmedos de ella ni el escupitajo que le dio cuando él se acercaba con la estaca en la mano.

El escupitajo y la amenaza:

*Esté donde esté, resucitaré en ochenta años
convertida en vampiro y clavaré mis colmillos en los
nietos de ustedes.*

Pero el verdugo hizo su trabajo, la mató sin piedad.

Las cosas no terminaron ahí: la gente no quiso que enterraran a Sarah Ellen en el cementerio de Blackburn y entonces el marido tuvo que cargar con el cadáver de su mujer, meterlo en una caja de madera, echarla sobre un carro e irse con los hijos y la muerta a otra parte.

Así viajaron con el carro y el cadáver de Sarah Ellen hasta Liverpool, pero en Liverpool le dijeron que no, que ahí no podían enterrarla.

Y se lo dijeron en Manchester.

Y en Boston.

Y en Bath.

Y en Weston.

Y en Londres.

Andando de un sitio a otro, descubrieron que podían pedir unas monedas a cambio de dejar que los lugareños miraran el féretro maldito con la maldita muerta.

Y así comenzaron a ser ellos los que anunciaban que tenían sobre el carro a una mujer endemoniada, a una vampira.

Cierto día el hombre sacó una foto de Sarah Ellen

que tenía guardada, le dibujó unos colmillos y la colocó sobre el cajón.

Más tarde los hijos pintaron unas manchas rojas sobre una tela blanca para agitarla como una bandera cuando llegaran a un sitio.

Y en algún momento compraron por el camino varias ristras de ajo y las colgaron a los costados del carro.

De ese modo recorrieron Inglaterra.

Toda Inglaterra.

Pero como en ninguna ciudad consiguieron un lugar donde dejarla, y ya los hijos se hicieron grandes y algo viejo se hizo el hombre, acabaron por tomar un barco de carga y, con féretro y todo, se vinieron a América.

Entraron por el puerto de Buenos Aires
y anduvieron por Adrogué,
por Berazategui,
por Ayacucho,
por Coronel Suárez
y por General Villegas.

Después pasaron por Wenceslao Escalante,
por Isla Verde,
por Alcira Gigena.

Y más tarde por Berrotarán,
Corralito,
La Bolsa
y San Agustín.

Siempre con la misma historia y con el mismo pedido de permiso, hasta que en un pequeño pueblo llamado Tío Pujio les dijeron que sí.

Habían andado tanto tiempo con el cadáver al hombro, que hasta se hubiera podido decir que tenían armada la vida de esa manera, y que ya no estaban seguros de querer dejar a la muerta en ninguna parte.

¿Así que puede quedarse?
preguntó el marido en Tío Pujio.

Sí,
le contestaron.

¿Aunque se trate de una vampiro?
preguntó uno de los hijos.

Sí,
le contestaron.

¿Aunque resucite y nos muerda a todos?
preguntó el otro hijo.

Sí,
le contestaron,
porque ni al intendente ni a los habitantes de Tío Pujio parecía importarles nada.

De modo que la enterraron.

Sólo el padre y los hijos, sin ceremonia alguna.

Y después salieron del cementerio y se perdieron por las callecitas del pueblo o por el mundo, que para perderse es la misma cosa.

No bien desaparecieron de Tío Pujio el marido y los hijos de la inglesa, la gente hizo pintar un cartel que decía, en grandes letras rojas:

EN ESTE PUEBLO ESTÁ ENTERRADA
UNA MUJER VAMPIRO

*Acérquese al almacén de ramos generales
y averigüe. Su pregunta No nos molesta.*

Después montaron el cartel sobre una estructura de hierro y lo colocaron a la entrada del pueblo, mirando hacia Villa María, sobre la Ruta N° 9. De modo que todos los habitantes del pueblo y los viajeros que pasaban por la ruta, supieron que en aquel cementerio habían enterrado a una muerta maldita, a una vampira.



Segunda parte

Muchos años más tarde, cuando estaba a punto de cumplirse la maldición de Sarah Ellen y ya no vivían en este mundo ni el marido ni los hijos, la gente se apretujó en el cementerio de Tío Pujio para ver a la mujer vampiro sentarse en la tumba, y se



produjo tal descalabro que fue necesario un cordón policial para que los vivos no alteraran la paz de los muertos.

Un informe de urgencia pidió por la radio, poco antes del día señalado, que todas las mujeres embarazadas se fueran a otra parte, por miedo a que Sarah Ellen resucitara y murieran de miedo, en los vientres, los hijos por nacer.

La tarde del aniversario de la muerte de Sarah Ellen, cerca de trescientas personas de todas las edades, con excepción de las embarazadas y los niños pequeños, se las habían ingeniado para llegar junto al nicho donde estaba enterrada la mujer vampiro.

Unas horas antes de la medianoche, cerca de una decena de luces y equipos de televisión de Villa María, Córdoba y Buenos Aires alumbraron la lápida, custodiada por cuatro policías. Y mostraron al mundo que aquella lápida no tenía cruces ni estrellas de David ni



mensajes de amor ni floreros, como tienen las lápidas, sino apenas dos fechas que marcaban el comienzo y el final de la vida de Sarah Ellen y una foto pequeña en la que la inglesa reía, con largos colmillos dibujados, bajo su cascadita de rulos.

Mientras esperaban que el reloj de la iglesia diera las doce de la noche, algunas personas hacían ritos para que la maldición no se cumpliera y otras parecían esperar ansiosas que se cumpliera.

Así, hubo quienes caían de rodillas junto al nicho.

Y quienes arrojaban, sobre los mausoleos cercanos, pétalos empapados en agua bendita.

Y quienes rezaban a viva voz el rosario y las letanías a la Virgen.

Y quienes llevaban en los brazos una muñeca rubia que representaba a Sarah Ellen.

De pronto se escuchó un ruido extraño que venía de alguna parte: de atrás de un carrito donde un hombre vendía praliné. O de un puesto de choripanes, instalado a la entrada del cementerio. O del sitio donde una mujer gorda ofrecía muñecas con estacas clavadas a la altura del corazón y colgantes con colmillos.

Pero era un ruido solamente, porque ver, nadie vio nada.

Y entonces, cuando ya casi todos se habían cansado de esperar, un hombre dijo que el alma se le había desprendido del cuerpo y había entrado en la tumba de Sarah Ellen, y que la estaca de madera con que alguna vez la habían matado a ella ahora se había convertido en hueso.

Y luego lo dijo otro.

Y luego otro más.

Hasta que, uno por otro, todos los que allí estaban lo repitieron. Porque todos querían estar cerca, más cerca que ninguno, del espíritu de aquella muerta.

Así se multiplicaron varias veces en una sola noche las ventas de crucifijos y de estacas, de hueso, de plata, de madera. Y el olor a ajo con que se ahuyenta a las brujas se desparramó por el pueblo. Y las cintas rojas contra la mala suerte colgaron de los cuellos de la gente. Y la ruda macho que defiende de los maleficios perfumó todo Tío Pujio.

Pero la medianoche llegó y no sucedió nada.

Impacientes, los que allí estaban esperaron un poco más.

Hasta la una,

hasta las tres,

hasta las cinco de la mañana.

Y luego, viendo que por más que pasaran las horas nada sucedía, cada uno empezó a caminar hacia su casa llevando en las manos los colmillos de plástico y las cruces doradas.

Justo cuando el cielo comenzaba a clarear con pinceladas rojas, como de sangre.